

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8735

ESTUDIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreta, rue Cuvier, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 6 Diciembre 1890

ECOS DE MADRID.

5 Diciembre 1890.

Santa Bárbara bendita patrona de los artilleros y por lo tanto del fuego, nos ha regalado hoy que se celebra su fiesta una magnífica nevada.

Tan poco acostumbrados estamos los habitantes de la villa y corte al espectáculo del blanco sudario que cubre á la naturaleza, como han dicho los poetas, que lo que es el primer día de una buena nevada casi casi puede decirse que alegra al corazón de los que no tienen que abandonar su albergue para buscar el diario sustento y pueden en templado gabinete, bien abrigados y haciendo la digestión de un suculento almuerzo, contemplar á través de los cristales los blancos tejados, los árboles encanecidos y los múltiples copos que caen impelidos por el aire formando en el espacio los más lindos encajes y las figuras más pintorescas.

Pero los infelices que al despertar por la mañana se encuentran con el problema que necesitan resolver inmediatamente, para no morir de hambre y de frío, para que su familia no perezca á impulsos de la más horrible abstinencia, no ven la blanca nieve con tan buenos ojos. Las obras que se ejecutan al aire libre se paralizan y millares de obreros se quedan sin jornal; la vida ordinaria retrasa sus movimientos y hasta descansa, con lo cual multitud de personas que encuentran en esa agitación el medio de atender á sus obligaciones tienen que trabajar forzosamente, y hasta los portadores que recorren calles y plazas tras la limosna que constituye su capital, se ven en la necesidad de guardar las manos en los bolsillos por no hallar á su paso á quien tenderlas.

Pero por fortuna las nevadas no son muy cortesanías y apenas se detienen en Madrid. El municipio no respeta su inmaculada blancura y pone en movimiento legiones de barrenderos que la hieren con escobas y palas, abriendo senda para que la circulación no se interrumpa.

De todos modos y dada la sequía que experimentábamos, hay que considerar la nevada de hoy como benéfica para la salud. La epidemia variolosa sigue causando estragos, las enfermedades se multiplican, y quien sabe si el estado atmosférico influye también en los sucesos lamentables que registra la crónica contemporánea.

¿Cómo explicarse de otro modo el asesinato cometido en la persona de su infanzón é inofensivo compañero por un empleado de la caja de ahorros? ¿Cómo no atribuir á una exarcebación funesta el homicidio llevado á cabo por un hombre en la persona de otro porque no le dejó pagar unas copas?

No solo en Madrid sino en distintos puntos de la Península se han cometido crímenes y han ocurrido sucesos que demuestran grandes perturbaciones. Cuando la atmósfera está seca, daban secarse también las inteligencias y los corazones.

En cambio no falta quien aguce el ingenio para apoderarse de lo ajeno. En todas partes habrá producido asombro la noticia

de la estafa de que ha sido víctima el Banco de España. ¡Ómo! un establecimiento tan admirablemente organizado, con tantas y tan complicadas ruedas, con tantos vigilantes, y todos ellos con una perspicacia capaz de descubrir hasta las intenciones de los que allí se presentan en busca de dinero, dejarse engañar y entregar nada menos que veintitantos mil duros al firmante de un talón que no tenía ni un céntimo en su cuenta corriente. Este es un caso en el que puede ser que la justicia halle á los delincuentes; pero lo que es difícil es que recupere el cuerpo del delito. Todo lo contrario de lo que ocurre con la mujer desquartzada!

En la esfera política hay mucha animación, mucho calor, lo cual se explica para neutralizar los efectos del frío.

El Ateneo se anima también y tanto en su magnífico salón de sesiones, como en el del Círculo de la Unión Mercantil y en el modesto del Fomento de las artes se celebran interesantes conferencias.

Los teatros son los que menos animación ofrecen. Se conoce que el frío retrae á los aficionados y que se pospone el amor al arte al amor á la lumbre.

Solo el regio coliseo ofrece por las noches en preciosos marcos las figuras más bellas y aristocráticas de la buena sociedad madrileña. Los cómodos landós dejan en el templado vestíbulo á las damas y solo así se explica que abandonen sus suntuosos hoteles y palacios para trasladarse á los palcos del Teatro Real.

También han empezado los bailes de máscaras y á juzgar por la concurrencia que asiste á ellos, la temporada promete ser próspera.

Y eso que se han metido á expendedores de billetes los pobres de solemnidad.

—Caballero, una limosna que no he comido en todo el día me dijo ayer un chico con acento lastimoso. Al oírme: Perdón V. por Dios; añadió cambiando de tono:

—Me quiere V. comprar un billete para el baile de máscaras de la zarzuela.

Julio Nombela.

EL TABACO.

Cara y cruz

Fumar es bueno, pero con ciertas condiciones. Se comprende que los médicos franceses tengan declarada guerra al tabaco, por que su administración pública suministra un tabaco peor que el de los alemanes: el de éstos no tiene aroma ni nicotina, ni siquiera tabaco; en cambio el de ellos contiene el 8 por 100 de nicotina, y como es general la afición á fumarlo en pipas de tubo corto, mejores cuanto más viejas, nada pierde el fumador del tóxico jugo que destila entre sus labios. Si nuestros vecinos tuvieran el tabaco que aquí se expende, aun siendo como es malo el de clases inferiores, no tronarían tanto contra la general costumbre.

Que tiene inconvenientes ¿quién lo duda? Fumar es un hábito detestable para todo el mundo y sobre todo para las mujeres y los niños, no sólo por razones de higiene, sino también de estética; pero prohibir legalmente á los menores de dieciséis años el uso del tabaco, según pretende la sociedad «Tabacófoba» de Francia, es una exageración más detestable, y lo que todavía es peor, irrealizable.

¿Se quiere que desaparezca la costumbre

como perjudicial á la salud? pues hágase propaganda seria y cairá de seguro en desuso. En la cuenta del *debe* pueden acumularse muchas más partidas que en la del *haber*. Vulgaricéense esas partidas, y las gentes cuidadosas de su salud no las echarán en «saco roto.»

Por ejemplo: El tabaco produce, aunque rara vez, una alteración particular de la vista, que ha sido estudiada por Galezovski, y una parálisis llamada nicótica, que han dado á conocer los médicos alemanes. Ejerce influencia sobre todos los aparatos, y especialmente sobre el digestivo; las personas nerviosas que fuman poco antes de comer, pierden el apetito y sienten un estado nauseoso análogo al del mareo, y una ansiedad epigástrica de las más penosas; otras veces notan tremendo ardor de estómago, y muchas no pueden encender un cigarro á determinadas horas sin experimentar al poco tiempo las fatigas de esas pirosis.

Son estas partidas lo bastante molestas para no abusar del tabaco.

Más si á ellas se agregan otras más graves que se le pueden acumular, habrá motivo hasta para no usar de él y abandonar la costumbre de fumarlo. Así, el Dr. Richard ha comprobado en cierto número de personas que aún tienen el feo vicio de tomar tabaco por la nariz, un temblor sísmico, distinto del de los viejos y los alcohólicos, que dificulta é impide el ejercicio de las profesiones para las cuales precisa mucha seguridad en las manos, como la de delineantes y la de joyeros.

Otra alteración más grave, debida al tabaco, porque altera más profundamente la salud, es la que determina en los nervios del corazón: la intermitencia del pulso, las palpitaciones y hasta la angina del pecho, son frecuentemente el resultado del abuso de fumar.

Pocos fumadores, de mucho y mal tabaco, no habrán sentido alguna vez por detrás del esternón ese dolor fulgurante y rápido que tantas y tan justificadas alarmas lleva al médico.

El conocimiento de estos y otros peligros hará más que todas las prohibiciones y exageraciones. Entretanto, y mientras se acaba la costumbre de fumar, cosa que no parece próxima, pensemos en los medios de atenuar su morbosa influencia, empezando por determinar cuál procedimiento la tiene en menor grado, si el fumar puro, cigarrillo ó pipa.

Un exfumador.

Variedades.

Charada

Prima dos que es mozo listo
viste siempre de dos terciá
y por no pasar el cuatro
ha tiempo en todo se alberga.

E.

La solución en el número próximo.

MALDITOS GUANTES!

No soy de los que sienten frío en las extremidades.

Cuando la temperatura descende, conservo mis pies y mis manos el gótico calor ordinario, señal de que mi equilibrio físico es más perfecto que el equilibrio europeo.

Puedo pasarme, en este caso, sin la diplomacia de los guantes, sin colocar sobre la piel no aterida otra piel de ignorada procedencia.

Pero la moda ejerce entre nosotros las funciones de un tirano.

La dictadura del último figurín se impone á todo el que presume de elegante.

Hay una consideración superior á todas las consideraciones, que nos dicta sus leyes inflexibles, de las que solo logran escapar los despreocupados, á costa, por supuesto, de que se les trate como si fueran entes.

Aludo á la que está b'oce el deseo de no ser menos que otros, deseo que ha servido para que muchos queriendo ser más, vengán á menos.

Es un fenómeno combatido por los economistas y del que se ríen con su causticidad acostumbrada los filósofos.

Doblegándonos á esta ley social, por el bien parecer, escrupulo que sirve para que muchos parezcan mal, me decidí hace pocos días á comprarme un par de guantes.

La primera peripecia fue que al preguntarme el dependiente *mi número*, le contesté sencillamente diciéndole por distracción el de mi cédula personal.

Y como yo la compré á última hora, pues soy de los morosos, por lo mismo que me duele más gastar una peseta que sacarme una moneda, escuso decir á ustedes que el número era bien crediticio, circunstancia que produjo numeroso asombro en la persona que me despachaba.

—¿Me ha dicho usted su número ó el del gigante Goliat? preguntó con la mayor cortesía.

Deshecho el error pude conseguir, mediante tres pesetas, que mis marcos quedasen aprisionadas, como elector de buena fe cuando se obstina en votar contra el gobierno, sin respetar que á su favor vota siempre la posteridad representada por los muertos.

Gato con guantes no caza ratones; apenas allí por esas calles de Dios me ocurrió el siguiente perenne.

Al meterme la mano en el bolsillo para pagar el importe de una caja de cerillas, no conseguí en diez minutos sacar la moneda de cinco céntimos que necesitaba.

El vendedor estuvo á punto de exigirme, por la pérdida de tiempo, daños y perjuicios.

Tuve que adoptar la resolución de que el mismo introdujera la mano, consiguiendo que por error de tacto, sin duda, aunque él no tenía guantes, se llevara algunas monedas de más y mi billete para entrar en el teatro.

No se avenían mis manos á la estrecha cárcel de lo que creí piel de cabritilla, que aun que suave era cárcel al fin.

Mis dedos reclamaban su perdida autonomía, protestando contra aquel encasillado que disfrutaban Silvela y Cachupín.

Mi piel irritada á consecuencia de aquel inesperado contacto, protestaba de su asociación con una piel extraña y de menor categoría.

Decidí quitarme los guantes, pero llevarlos visibles, para que se viera, al menos, que los tenía.

Una cosa parecida á la que puso en práctica cierto demócrata, condecorado con varias cruces.

Al pie de su nombre hizo poner en la tarjeta.

«Aunque no se las pone nunca, tiene las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica.»

Cogí ambos guantes, por uno de los extremos, y así estuve paseándome por el centro de la ciudad.

No habria trascurrido veinte minutos cuando al detenerme para saludar á dos señoras conocidas se me acercó un perrazo que á pesar de mis movimientos para rechazarlo olió mis guantes con cierta fruición truhanesca y alzando inopinadamente la pata no fue roción el que me lanzó el insolente can.